



tiones y actividad de la UGT en el exilio en las siguientes fases: de febrero de 1936 a marzo de 1940, en Francia; de 1940 a 1945, en México, y de 1945 a 1950, otra vez en Francia.

Esta trilogía cierra la crónica general de la UGT (1), una de las más valiosas aportaciones al conocimiento de la historia del movimiento obrero español y obra «magna» de su autor, Amaro del Rosal, que se ha consagrado a la tarea de reconstruir y reseñar la trayectoria seguida por la central sindical más antigua de España en los años que van de 1880 a 1950.

Amaro del Rosal, último secretario de la UGT en el exilio, ha realizado esta tarea basándose en los documentos internos de la organización, algunos de los cuales permanecieron en su poder, en depósito, durante el franquismo. Aunque su trabajo no tiene pretensiones literarias ni eruditas —Del Rosal es un autodidacta y no tuvo una formación universitaria—, tampoco se puede afirmar, como han dicho algunos críticos, que carece de rigor científico desde el momento que recoge y sistematiza un nutrido arsenal de información documental que de otra forma se hubiera perdido.

En el libro que comentamos, el primero de la trilogía sobre la emigra-

(1) *Hasta ahora ha aparecido La violencia, enfermedad del anarquismo. Antecedentes e historia del movimiento socialista en España, correspondiente a la vida de la UGT en el siglo XIX y Historia de la UGT de España, 1901-39 (dos tomos).*

ción, se describe la actividad que desarrolló la UGT en los primeros meses del exilio, así como su vida administrativa y financiera. A lo largo de más de cuatrocientas páginas desfilan los acontecimientos más notables de esta etapa; desde el asentamiento del Comité Ejecutivo en París, que sería centro de operaciones, hasta el desmantelamiento definitivo de la central cuando en junio de 1940 firma Francia el armisticio. La organización de la evacuación de los emigrados hacia diferentes puntos de Latinoamérica fue el aspecto más importante de dicha actividad. En esa misión llena de dificultades y obstáculos representó un apoyo decisivo el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE), creado por el Gobierno del Dr. Negrín.

«Sin el SERE —escribe Amaro del Rosal— hubiésemos carecido de una semilegalidad que respaldara la acción de solidaridad y defensa con que contó —la masa de excombatientes republicanos. (...) Sin ese organismo los refugiados habrían quedado en el más absoluto desamparo.»

Las tres primeras expediciones a México —la del **Sinaia**, el **Ipanema** y el **Mexique**— abren una esperanza en el sombrío horizonte de los españoles confinados en los campos de Argeles-sur-Mer, Saint Cyprien, Barcares, Agde, etc.

El trabajo que llevaron a cabo elementos de la FETE en los campos es otra de las dimensiones que tomó la acción de la UGT en estos meses difíciles. Se organizaron actividades culturales —coros, festivales, exposiciones y clases de francés. En agosto de 1939, se presentó en la Casa de la Cultura de París una impresionante muestra de ingeniosos objetos artísticos realizados por los refugiados con los materiales más modestos e inverosímiles: alambre, huesos de fruta, jabón, madera...

En su libro, Amaro del Rosal da cuenta también del elemento más lamentable de la tragedia, las discrepancias y disensiones que se produjeron en el seno del exilio. Así, las maniobras de «anticomunistas y resentidos», bajo la férula de Indalecio Prieto, para minar la unidad de las fuerzas políticas y sindicales que hicieron posible la República, las denuncias de Prieto a las declaraciones del Dr. Negrín o su fallido intento de entregar los refugiados a Franco. ■ **BEL CARRASCO.**

«NACIONALISMO, DEGENERACION DEL MARXISMO»

Colectivo Janus (*)

Sería lamentable que, debido a lo antiestético de un título, indudablemente impuesto por razones comerciales, o al párrafo descontextualizado y desafortunadamente escogido de la contraportada, pasara desapercibida esta reflexión **sobre el problema de la organización revolucionaria.** Guiados por el convencimiento de que tal cuestión no puede ser abordada, sino en su HISTORICIDAD y de que esto no puede suponer en absoluto una preocupación arqueológica por desenterrar formulaciones «auténticas», sino al revés, ser capaces de entenderla en relación con la conformación del Proletariado (y del Comunismo, entendido, con Marx, como «... movimiento real que destruye el orden existente») por sus relaciones con el resto de la sociedad, los autores enmarcan su evolución en la historia contemporánea. Así distinguen tres etapas bien diferenciadas en la historia del movimiento obrero y con él en la de las organizaciones revolucionarias.

La primera etapa comienza con las manifestaciones del movimiento obrero europeo como portador de un proyecto social independiente y contrapuesto al de la burguesía, en 1848. En palabras de Janus «... La actividad internacionalista que caracterizó a esta primera gran etapa del movimiento obrero no fue ciertamente un producto de lo que podría llamarse 'toma de conciencia' de necesidades políticas acordes con el nivel alcanzado por la lucha de clases, sino el mero resultado directo del propio desarrollo del capitalismo, que avanzaba en Europa destruyendo las formas productivas feudales y generando al propio tiempo a la clase obrera en ese avance». Esta actividad internacionalista **natural** encuentra su expresión más acabada (ya que no su motor ni su origen) en la AIT, cuya peculiar forma organizativa —analizada y contrastada con los siguientes intentos de

(*) *Nacionalismo, degeneración del marxismo, Colectivo Janus. Taller de Sociología.*

organización internacional por Janus— la habilita como un instrumento revolucionario capaz y útil, mientras la Revolución se despliega como una posibilidad inmediata para el proletariado europeo, pero que se convierte en un cascarón vacío, del que la burguesía se desprende de un puntapié, tras la derrota de la Comuna de París y la consiguiente quiebra de tales ilusiones. La AIT sucumbe ante la alianza de dos ejércitos nacionales, un momento antes enfrentados entre sí, con la Comuna. La AIT que se disputan posteriormente «anarquistas» y «marxistas» no es ya más que un cadáver.

La segunda etapa comprende desde el fin de la anterior hasta el segundo asalto al poder del proletariado europeo (hasta 1905, prolongada hasta el 17, como dice Janus). Se caracteriza porque tras la derrota del movimiento revolucionario en París, la burguesía consigue IMPONER la forma nacional y con ella la separación entre lucha sindical y lucha parlamentaria, estrategia y táctica, objetivos inmediatos y objetivo final, que es asumida por la socialdemocracia y presentada como un logro por sus dirigentes. Para ello, éstos, se ven obligados a realizar una inversión de la teoría marxista de la revolución y considerar una clase obrera incapaz de trascender un nivel de conciencia sindical, por un lado, y por otro, una «ciencia socialista», encarnada en la socialdemocracia, que se desarrolla «paralelamente», pero que no deriva del enfrentamiento de aquella con la burguesía.

Agrupados en Partidos Socialistas nacionales, empeñados en las tareas particulares de cada nación, los «revolucionarios modernos» de los diferentes países no podían sino acabar enfrentándose entre sí y al movimiento revolucionario que, a pesar suyo, se desató. La II Internacional, mera federación de partidos nacionales, es la negación de la actividad internacionalista de la AIT.

Quizá la afirmación más polémica y, sin duda, más interesante del trabajo de Janus, sea la de que la **tercera etapa** (de 1920 a hoy, presidida por la sombra gigantesca de la III Internacional) no es, en rigor, más que una continuación de la segunda. La socialdemocracia rusa, cuando presionada por un proletariado que no quiere poner límites a sus avances, se enfrenta a la ortodoxia de la Internacional, no es capaz de jugar frente a ésta más que el mismo papel que ella había jugado cara al revisionismo bersteniano: el de defender un formalismo revolucionario que hacía ya tiempo que no tenía nada que ver con la práctica socialdemócrata, frente al intento de reconocer en la teoría lo que en la práctica sólo cuestionaba esa fracción de izquierdas, cuyo adalid fuera Rosa Luxemburgo. Esta incapacidad de ir más allá habría de ser pagada por el movimiento revolucionario tras la derrota del proletariado alemán, cuando lo que había considerado sus propias conquistas, acabaron volviéndose contra él.

Dado este repaso a la historia del problema, el colectivo Janus pasa a reconsiderar el problema de la organización hoy, teniendo en cuenta que las formas y los esquemas sobre los que se suele plantear tal cuestión, son sólo las impuestas por una determinada circunstancia histórica y que hoy incluso la forma «Partido» debe ser objeto de reconsideración. El mito del «leninismo», la agonía trostkista, la farándula stalinista, la «modernidad» del eurocomunismo, el epigonismo en general, son desnudados ante la Historia en las últimas páginas.

Con ello se mezclan especulaciones y afirmaciones que quieren hacer del capitalismo de nuestros días un gigante agonizante que se rompe la cabeza con su incapacidad de continuar un desarrollo de las fuerzas productivas que necesita para sobrevivir, que resultan, cuando menos, muy discutibles. Pero esto no son sino consideraciones marginales. O en cualquier caso, no restan

agudeza a la crítica que las precede.

Así, lo que estaba en principio destinado a ser una **introducción** a un trabajo mucho más detallado sobre el problema de la organización en la socialdemocracia europea anterior a 1905, se convierte en un folleto, no de divulgación, porque no narra los hechos a que continuamente hace referencia y cuyo conocimiento por el lector presupone, pero sí útil para despertar un trabajo de investigación y reflexión sobre ideas y acontecimientos que han pasado a la mitología revolucionaria revestida de un ropaje mágico que las hace más encubridoras, más mistificadoras que útiles. ■ ALVARO PEREDA.

UNA CON- TRIBUCION A LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

Una entrega de «Las Ediciones de La Piqueta» (1) nos demuestra que la historia del pensamiento socialista —sobre todo ese atrayente período que transcurre desde la Revolución Francesa hasta la aparición de las primeras obras de Carlos Marx—, puede concitar, todavía, el interés de muchos estudiosos. El autor de este libro se propone, según declara, indagar cuatro momentos de la historia de las ideas socialistas, o «cuatro modelos ideológicos del socialismo moderno».

Puede advertirse ante la sola mención de los nombres —Babeuf, Saint-Simon, Luis Blac y Blanqui—, que estos escritores realizan propuestas de cambio social que, innegablemente, difieren bastante entre sí. Por otra parte, excepto Babeuf, condenado y ejecutado por el Directorio en 1797, todos los demás han desarrollado la mayor parte de su actividad en la primera mitad del siglo XIX. Estaban inmersos, por consi-

(1) Angel Cappelletti, *Etapas del pensamiento socialista*. Las Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1978.

nacionalismo, degeneración
del marxismo. janus

